



No es difícil imaginar que don Enrique de Aguilera, cosa de los tiempos, reuniese en su finca, en más de una ocasión, a los poderes, civiles y eclesiásticos, del lugar; y que en más de una ocasión nuestro don Justo Juberías escuchase los razonamientos arqueológicos de nuestro entonces aficionado marqués, y que de escuchar las charlas, surgiese primero la curiosidad y posteriormente la afición por los descubrimientos. Unos descubrimientos que comenzaron a tomar carta de natura-

leza a mediados del siglo XIX, cuando se elaboró la primera carta arqueológica provincial y comenzó a indagarse en un mundo hasta entonces desconocido, el de la prehistoria, con las famosas “antigüedades de Hijes”, descubiertas en los primeros años de la década de 1840; excavadas por el entonces Delegado provincial del Gobierno de la provincia, don Francisco de Nicolau, y terminadas de descubrir por Cerralbo y compañía; la compañía, por supuesto, era don Justo Juberías, ya párroco de Torrevicente, antes de serlo de Membrillera, población a la que llegaría en 1927 y en donde estuvo hasta durante casi veinticinco años, hasta 1951 en que pasó a Sigüenza hasta que la enfermedad, y la edad, de su amigo y en algunos aspectos colaborador, Julio de la Llana, párroco de Atienza, hizo que el obispo diocesano lo enviase a la castillera villa, en 1956, y en donde permaneció hasta poco después de la muerte del arcipreste de la Llana. Regresando a Sigüenza en 1958.

En Membrillera, con muchos de los objetos que logró reunir en aquellas interminables jornadas de investigación arqueológica, montó su primera colección de piedras antiguas, y de fósiles, provenientes la mayoría de ellos de las serranías de Guadalajara en sus límites con las provincias de Soria y Segovia, por donde don Justo caminó a sus anchas.

Sus trabajos de campo, de inspección para Cerralbo primero y Cabré después, se documentan a partir de los primeros años del segundo decenio del siglo XX. Entre 1913 y 1914 anduvo en las excavaciones de Higes, y poco después en las de Valdenovillos, en Alcolea de las Peñas, pasando por las de Palazuelos, Tordelrábano, Hortezueta, Maranchón, Anguita, Luzaga, y una docena más en nuestra provincia, siendo quizá la de Cerropozo de Atienza, descubierta en los últimos años del decenio de 1920, la que mayores satisfacciones produjo, tanto a nuestro buen cura don Justo, como a su entonces director de trabajos, Juan Cabré, quien como discípulo del marqués, a su muerte continuó la labor emprendida por aquel. También los pueblos limítrofes de Soria vieron su paso, y de numerosos de ellos, desde Carrascosa de Arriba a Retortillo, se trajo a Sigüenza el conocimiento de pasadas culturas.

La enorme obra llevada a cabo, y a veces poco reconocida, por Justo Juberías, se materializó en su gran colección de arte rupestre, y de fósiles, con la que ideó la formación de lo que había de ser Museo de Arqueología. Pues a pesar de que la gran mayoría de las piezas descubiertas en las necrópolis excavadas pasaron a pertenecer al Museo Arqueológico Nacional, muchas de las piezas